
La difícil democracia

Alfonso Ibáñez*



No se trata ya de saber qué somos hombres, pues somos hombres como todos los hombres, sino de saber cómo hemos de convivir con otros hombres, con nuestros semejantes, en una relación que no puede ya ser la de dependencia, sino de obligada solidaridad.

Leopoldo Zea

Es para mí una verdadera satisfacción participar en este acto de homenaje al maestro Leopoldo Zea,¹ ya que él, hablando y pensando "desde la marginación y la barbarie", ha logrado cuestionar a fondo la filosofía de la historia moderna, hasta en sus versiones más progresistas, ese discurso del poder que ha servido para legitimar los proyectos expansionistas de Europa occidental. Así es como, desenmascarando la pseudouniversalidad de la visión eurocéntrica del mundo y de la historia, ha abierto las pistas para una lectura más compleja y universal de la historia humana. Una historia no predeterminada según un modelo teológico donde sólo existen unos cuantos protagonistas, sino una que la vamos haciendo trabajosamente entre todos en medio del conflicto de los más distintos proyectos históricos.² No es casual, entonces, que hoy se produzca la crisis de la idea del "progreso" infinito basado en el desarrollo tecnocientífico, que conlleva la decadencia de la idea de "historia universal" con su sentido unitario y sobre todo unilineal ascendente.

Igualmente, inspirándose en un profundo humanismo, ha sabido mostrar los afanes hegemónicos de la autocomprensión del hombre moderno occidental, que muchas veces se hace pasar por el hombre por antonomasia, despreciando y sojuzgando a los otros hombres, pueblos y culturas. Frente a la homogeneización que significa el proyecto civilizatorio de Occidente, Zea ha tenido el coraje de afirmar que ningún hombre es más o menos por se distinto. Apunta por ello a una utopía de la diversidad en el mutuo

enriquecimiento. Refiriéndose a la problemática de la identidad de los pueblos no occidentales, y en particular del hombre latinoamericano con complejos de inferioridad que nos impulsan a adoptar miméticamente modelos heterónomos, él llega a la conclusión de que somos tan hombres, justamente a partir de nuestras especificidades y diferencias. Como tales, estamos llamados a contribuir en la humanización de la sociedad mundial.³

Hoy en día nos encontramos atravesando por una crisis de civilización que pone en entredicho al conjunto del proyecto moderno. Ya que la moderna civilización industrial, con su demencial ritmo productivista, se topa ahora con sus propias patologías y perversidades. El estilo de vida de los países del Norte, si bien puede ser reproducido en alguna escala, no es generalizable al resto del planeta. De ahí que en la restructuración del sistema mundial al que estamos asistiendo esté aumentando abrumadoramente el número de los marginados y excluidos, incluso en los centros del poderío internacional. A ello hay que añadir la crisis del medio ambiente que amenaza con el exterminio de la vida sobre la tierra. Se comprende que esta falta de perspectivas, este "malestar en la cultura", acentúe el vaciamiento del sentido de la vida, el pesimismo de muchos y las pulsiones de muerte.⁴ Esté agotada o no la modernidad, se hace indispensable la invención de nuevos valores y formas de vida, recogiendo el aporte de otras tradiciones culturales. Por eso resulta tan importante favorecer el despliegue de una pluralidad de sentidos de vida, la diversidad de utopías que puedan explicitarse.

* Investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, Universidad de Guadalajara.

Ahora bien, la construcción de un nuevo tipo de civilización para la convivencia humana supone, como lo sostiene Zea, acabar con las relaciones de dominación y subalternidad entre los hombres. Esas relaciones asimétricas e injustas que no hacen más que renovarse incesantemente. Motivo por el cual los latinoamericanos no podemos claudicar en nuestras luchas de liberación, que implican establecer relaciones igualitarias entre los pueblos, naciones y culturas. Especialmente en un contexto en el que caen los "muros para no dejar salir", mientras que se perpetúan y levantan otros "muros para no dejar entrar", en palabras del maestro Zea. Y uno de los peligros mayores es que se ahonde el sentimiento de "otredad" y extrañeza entre los incluidos y los excluidos del sistema dominante.⁵ Se impone por ello una democratización de las relaciones y decisiones internacionales, una socialización del poder que posibilite la intervención de todos y cada uno de los pueblos en la resolución de los problemas del mundo actual. Porque los fenómenos de globalización, de interdependencia e integración de las naciones, no deben ser vistos únicamente en términos economicistas, bloqueando nuestra imaginación.

La necesaria democratización del escenario internacional nos remite al ámbito latinoamericano donde estamos viviendo diversos procesos de transición democrática, después del ciclo de gobiernos autoritarios y de dictaduras militares. Procesos que no han conseguido consolidarse y que incluso se hallan en una situación crítica, siendo tributarios una vez más del etnocentrismo reinante. Ya que esos regímenes democráticos, calcados de la concepción liberal representativa, están sirviendo para legitimar las políticas neoliberales de ajuste estructural y apertura al mercado mundial.

Los propios gobiernos y Estados devienen "cautivos" de los mandatos que fluyen de los organismos financieros internacionales, mellando sus soberanías nacionales. El desmantelamiento del aparato estatal, que disminuye su presencia y eficiencia en la vida social, torna más difícil la gobernabilidad y aumenta la dependencia. Pues lo cierto es que esas democracias de fachada, claramente restringidas, no dejan de ser funcionales a la lógica de rentabilidad del capital transnacional, aplastando a los débiles y excluyendo a las grandes mayorías. Por tanto, esas democracias que al integrarse a dinámicas mundiales suscitan la desintegración nacional, sólo pueden ser frágiles y contradictorias, incitando a la rebelión o a la vuelta de formas populistas autoritarias.⁶

No obstante, es desde los márgenes del sistema que se eleva la voz de la dignidad, la sensatez y la creatividad. Resulta paradójico, y altamente signifi-

cativo, que en una sociedad como la mexicana que ya tiene un pie en el Norte, sea precisamente el segmento más tradicional y arcaico el que pronuncie el mensaje más moderno e incluso "posmoderno": el del requerimiento de una democratización del poder en todos los espacios de la vida social, que abarca el respeto y fomento de las diferencias étnico-culturales.⁷ Por otro lado, el mismo Fujimori, para justificar su autogolpe de Estado en Perú, tuvo que recurrir, como no se hacía en el pasado, a la obsolescencia de las instituciones vigentes a fin de instaurar una "auténtica democracia". De ahí, en parte, su gran popularidad ante el descreimiento generalizado con respecto al cascarón institucional y la casta de los políticos convencionales. Tal es así que la cuestión de la democracia, pese a la creciente disgregación social, sigue estando a la orden del día en las agendas políticas de nuestros países. El asunto es saber de qué tipo de democracia estamos hablando y quiénes son sus portadores.

El proyecto democrático en América Latina, como lo expresó José Carlos Mariátegui acerca del socialismo, "no puede ser calca ni copia, sino creación heroica". Precisamente porque la trayectoria histórica y cultural, así como las tradiciones nacionales y populares, no son las mismas que las de los países de Europa occidental. Superando el universalismo abstracto del racionalismo moderno, aquí la democracia debería tener muy en cuenta la peculiaridad de nuestras condiciones en el concierto de las naciones. Habrá de ser recreada a partir de nuestra heterogeneidad social y étnico-cultural, en función de las propuestas de los diversos sujetos sociales y políticos emergentes, buscando una mayor integración nacional y subcontinental. La institucionalidad democrática deberá reforzar por ello las iniciativas de autonomía y autogobierno que provengan de la sociedad civil, recortando las distancias entre el Estado y el tejido social. En ese sentido ha de contribuir una apropiada articulación de la democracia directa o participativa. Luego, no se trata ya de oponer la democracia "formal" a otra supuestamente "real", sino de inventar una democracia integral, concreta y plural, abierta al permanente cuestionamiento.⁸

Pero el problema no es sólo de procedimientos o reglas de juego, sino de valores y principios normativos que sustentan una cultura política democrática. Razón por la cual, más que una forma de gobierno, la democracia debería ser concebida como un estilo de vida ciudadano. Un modo de vida que si bien acoge el valor de la libertad individual moderna, también se nutre de la ética solidaria y de las tradiciones comunitarias de los sectores populares. Una radicalización de la democracia que, contrastan-

do con la democracia elitista realmente existente, se constituya como "una democracia de los de abajo y desde abajo", según lo sugiere Pablo González Casanova.⁹ Una democracia consecuente que incida sobre la socialización del poder y las decisiones, estableciendo relaciones simétricas entre las personas, grupos y movimientos, al mismo tiempo que se traduce en un cambio de la vida cotidiana. Una subversión democrática que provoque un nuevo orden social y una forma de vivir juntos donde todo no esté supeditado a la racionalidad instrumental y la lógica del beneficio económico. Una democracia, en fin, que dé cabida a los sueños y deseos más sentidos de la gente, al disenso y conflictividad social, respetando las diferencias étnicas, de género o generación.

Aclaro que no se pretende insinuar una suerte de "desconexión" tajante del sistema mundial, justo cuando se hace más abismal la brecha entre el Norte y el Sur y se vuelven más estripitosas las formas de explotación y exclusión de la mayor parte de la humanidad. Se trata de insertarse en la dinámica de la globalización, pero sin diluirse en ella de manera resignada y acrítica. Somos herederos de ricas tradiciones culturales, así como de sucesivas olas modernizadoras sumamente frustrantes para nuestros pueblos, como para alinearnos cómodamente en la "modernidad-mundo", como la llama Jean Chesneaux.¹⁰ Habrá que buscar nuestra colocación más adecuada, pero con propia personalidad histórica y responsabilidad solidaria, con memoria y proyecto. Tal vez así aportemos algunos elementos valiosos, como los de una democracia radical, para la construcción de una civilización diferente, más justa y fraterna, en mayor armonía con la naturaleza, para la humanidad del siglo XXI. En cualquier caso, coincido con el maestro Zea cuando, comentando la soledad a la cual estaríamos condenados por falta de otra opción, señalaba que "América Latina está obligada a encontrar sus propias soluciones". En el terreno político como en todos los demás. Y esto no es una maldición, sino una buena ocasión para forjar nuestras utopías de vida y felicidad. ▲

Notas

1. Intervención en la *Cátedra Latinoamericana* con motivo de la entrega del Doctorado Honoris Causa a Leopoldo Zea por parte de la Universidad de Guadalajara.
2. Cfr. Ibañez A. "El conflicto de los proyectos históricos en la perspectiva de Leopoldo Zea", en *Documentos de Investigación*, núm.4, CELIA, UdeG, 1994.
3. "A partir de este ineludible reconocimiento que el hombre haga del hombre -escribe Zea- podrá ser respetado en lo que es, en su individualidad, en su personalidad y como tal, ser considerado apto para colaborar en lo que ha de ser el



futuro de la humanidad". *Discurso desde la marginación y la barbarie*, FCE, México, 1992, pp. 252-253.

4. Cfr. Tejeda, J.L. "La cultura pesimista", en *Memoria*, núm.59, octubre de 1993.
5. Cfr. Wallerstein, I. "El sistema mundial después de la guerra fría", en *La Jornada Semanal*, núm.240, 16 de enero de 1994.
6. Norbert Lechner afirma que "de hecho, la creciente integración transnacional del mundo provoca simultáneamente una desintegración nacional". En "La búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina", en *Sociológica*, núm.19, 1992, p.14.
7. Jorge Alonso sostiene por ello que "nos encontramos ante un proceso revolucionario de este tiempo, que se fue configurando por tendencias convergentes de los últimos años. Se trata de una revolución porque en sí misma ya removió las conciencias de gran parte de contingentes. El EZLN no está buscando conquistar el poder cupular sino formas nuevas de convivencia social". En "La nueva revolución mexicana", *Replones*, núm.28, abril-julio de 1994, p.42.
8. "Los desajustes entre lo que el ideal democrático promete y lo cumplido por sus realizaciones históricas -dice Fernando Savater- no se remiendan abandonando el proyecto de la democracia sino llevándolo hasta sus últimas consecuencias". *Ética como amor propio*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Grijalbo, México, 1991, p.272.
9. Cfr. Casanova González, P. "La democracia de los de abajo y los movimientos sociales", en *Memoria*, núm.54, mayo de 1993.
10. Chesneaux, J. *Modernité-monde*, Brave Modern World, La découverte, Paris, 1989.